

España. Ministerio de Cultura. Archivo Histórico Nacional.
Estado. MPD - 1018
Dibujo de la bandera de Estados Unidos fechado en 1803. Responde al modelo de la primitiva bandera americana, confeccionada por la costurera
Betsy Ross en 1776, que fue la oficial entre el 14 de junio de 1777 y el 1 de mayo de 1795

Bernardo de Gálvez y la ayuda española a la Independencia de los Estados Unidos

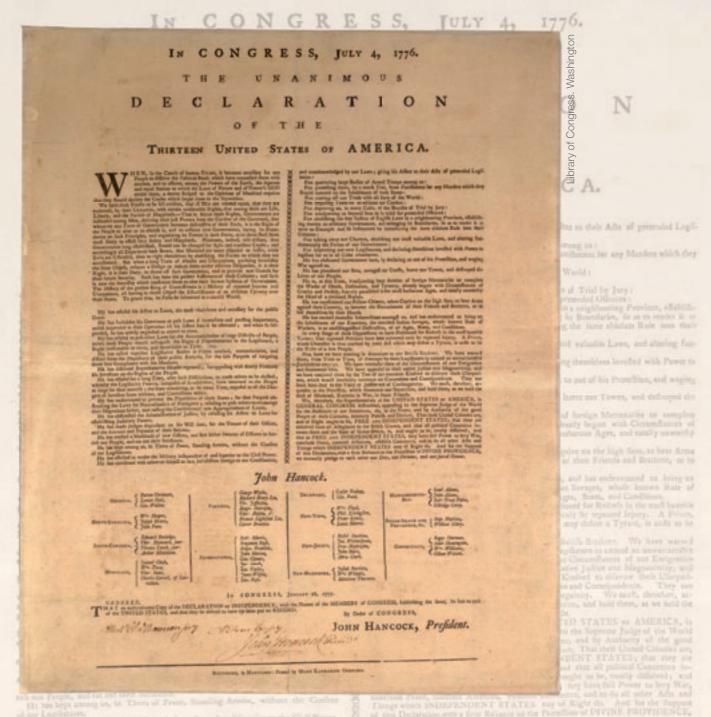
Eric Beerman

L destacado papel de Francia y el marqués de Lafayette al éxito de la Revolución Americana es bien conocido en ambas orillas del Atlántico. Pero menos sabida es la ayuda prestada por España a la independencia de los Estados Unidos, dirigida principalmente por el general malagueño Bernardo de Gálvez. Militar que no ha recibido la misma atención que su colega francés por parte de muchos de los historiadores, y creo haber llegado el momento de su reivindicación. Aunque en 1976 se le levantase en la ciudad de Washington una estatua ecuestre, no se ha hecho mucho más aparte de organizar esporádicamente coloquios y conferencias. La escultura fue el regalo de España en el bicentenario de los Estados Unidos y presentada por D. Juan Carlos I con las siguientes palabras:

Al desvelar este monumento de Bernardo de Gálvez, el gran soldado español, quien tan decisivamente contribuyó al triunfo de las tropas de Washington en la Independencia Americana... y quien casó con una bella criolla de Nueva Orleáns.



Foto Bonnie Lowry. Cortesía de Molly Fernández de Mesa



¿Y quién era este ilustre malagueño que contribuyó al éxito de la Independencia de las Trece Colonias americanas? Al estallar la revolución de las dichas colonias, a España se le planteó el dilema sobre la política a seguir. Ciertamente, se alegraba de ver a su eterna rival, Gran Bretaña, envuelta en una guerra colonial lejos de la metrópoli. Sin embargo, comprendía el peligro que para la estabilidad de sus propias colonias americanas podía suponer este levantamiento, ya que la Corona española tenía sus propias colonias al sur, mucho más extensas y mucho más ricas. Durante el primer año de la Revolución Americana, en 1776, las fuerzas al mando del general George Washington lucharon solas contra las tropas del potente imperio británico, bloqueando su fuerza naval los puertos americanos.







Con esta estrategia, la ayuda exterior, vital a la causa americana, no podía alcanzar su objetivo. Con los puertos atlánticos cerrados, el general Washington hubo de fijar su mirada al sur del país, al puerto del golfo de Méjico –Nueva Orleáns– capital de la inmensa colonia española de la Luisiana, gobernada por Bernardo de Gálvez. Nueva Orleáns era una ciudad conectada fluvialmente por los ríos Misisipí y Ohio con el bastión americano de Fort Pitt. Washington con su intuición diplomática pensó que la corona española al principio mostraría escaso respaldo a una revolución contra un imperio europeo, debido especialmente a sus propias vastas colonias en el sur. No obstante y a pesar de estos obstáculos, España decidió respaldar la causa americana debido a su más fuerte deseo el ver derrotada a su eterno rival europeo, Gran Bretaña. Así la monarquía española dispuso respaldar la causa de las Colonias.

Como resultado, el general Washington envió a su ayudante, el general Charles Lee, a Nueva Orleáns para reunirse en septiembre de 1776 con el gobernador español de la Luisiana, el malagueño Luis de Unzaga y Amézaga. En dicha reunión, el general Lee informó el plan americano de expulsar a las tropas británicas de la orilla oriental del río Misisipí desde el río Ohio hasta Nueva Orleáns al sur, para continuar con la toma de los fuertes británicos de Mobila y Pensacola, y la posterior devolución de ambas antiguas posesiones a la corona española. Los americanos en su exposición continuaron que a cambio y como ayuda necesitaban urgentemente material bélico: fusiles, municiones, medicinas, ropa de abrigo y mantas.

Unzaga, partidario de la causa americana, explicó a Lee que a pesar de estar a favor de dicho plan, él no podía hacer nada sin la autorización explícita de la Corte en Madrid. El día 7 de ese mismo mes Unzaga escribió al poderoso ministro de Indias, su paisano, José de Gálvez, sobre la propuesta americana. La solicitud, tal como Washington la había expresado, fue atendida por el monarca español Carlos III, quien ordenó a su ministro Gálvez respaldar la Revolución Americana. La Real Orden del 24 de diciembre de ese mismo año ordena al entonces gobernador de la Luisiana Unzaga proporcionar la solicitada ayuda. Sin embargo, dicha orden no fue recibida en Nueva Orleáns por Unzaga, quien ya había cumplido su mandato en La Luisiana, sino por su sucesor, otro malagueño,

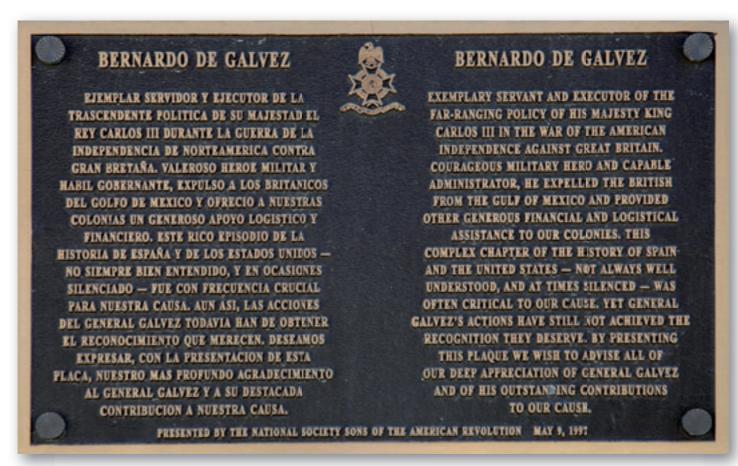
el general Bernardo de Gálvez, el único sobrino del poderoso ministro de Indias, y pronto concuñado de su paisano Unzaga.

Uno de los primeros proyectos de Bernardo de Gálvez al asumir su cargo en la Luisiana, y ciertamente el más importante, fue el de cumplimentar la anterior orden real. En consecuencia de dicho mandato garantizó la primera ayuda española a la lucha por la independencia de los Estados Unidos, hecho realizado con la máxima cautela debido a que aún no se había declarado la guerra entre ambas monarquías, la española y la británica. En dicho documento se especificaba que la ayuda material española se llevaría a cabo por empresarios privados, tal como lo venía realizando el futuro suegro de Gálvez, uno de los más grandes comerciantes de la Luisiana: Gilbert Antoine de St. Maxent. Otra empresa encargada de prestar esa ayuda sería la casa de comercio bilbaína de José de Gardoqui e Hijos. Uno de sus hijos, Diego de Gardoqui, sería clave en el suministro de dicha ayuda, y más tarde sería nombrado primer embajador español destinado a los Estados Unidos. Debido al secreto de estas ayudas, ¡que parece que aún perdura!, España nunca recibió el suficiente reconocimiento por todos los auxilios prestados y enviados entre los años 1777 a 1779, confidenciales por otra parte, como anteriormente expongo, dado que oficialmente ni España, ni Gran Bretaña estaban en guerra.



Biblioteca Nacional, Madrid







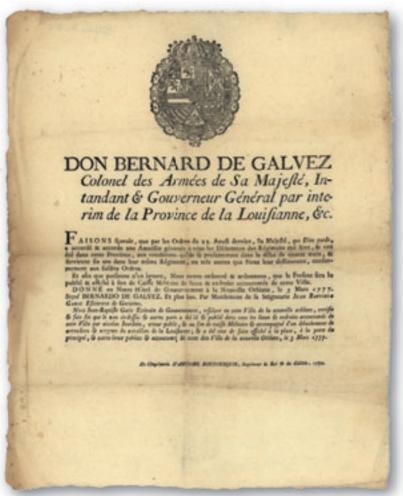


Simultáneamente durante todo ese tiempo, la monarquía en Madrid mantenía una posición contraria a la de su aliado británico, Portugal, sobre la eterna cuestión de límites en las demarcaciones de América Meridional. Enfrentamiento que desembocaría finalmente en una confrontación bélica. Debido a este conflicto territorial de límites en América, lamentablemente Carlos III no pudo poner toda su atención en la cuestión de la Revolución Americana antes de entrar formalmente en el conflicto en 1779. Con la victoria española en la campaña brasileña de Santa Catalina a principios de 1777, España pudo dedicar su energía a la causa norteamericana y proseguir con su ayuda a las Trece Colonias de una forma más abierta, respaldada por el gobernador Bernardo de Gálvez.

Los puertos españoles en las Américas, así como en la Península, prestaron toda clase de auxilio a los barcos norteamericanos, incluyendo los navíos al mando del oficial americano John Paul Jones, recibidos en puertos españoles como el de La Coruña. Con el Pacto de Familia entre las Coronas de Francia y España, el rey Carlos III comprendió que la monarquía española, más tarde o temprano, se vería envuelta en el conflicto revolucionario en respaldo a la independencia de las colonias norteamericanas. Así pues, ordenó a sus altos mandos militares a prepararse para la eventual contienda, pero de manera discreta. Aunque la ayuda material a las colonias seguía por mediación de Gálvez con toda discreción, el monarca español no deseaba verse envuelto en el conflicto hasta tenerlo todo planeado. Y con ese fin, dentro del frente diplomático, Carlos III envió a sus agentes al cuartel general de George Washington para administrar dicha ayuda y éstos recíprocamente informar a la Corte sobre el progreso del conflicto colonial. En dicho momento

Colección Leen Helmink

1730.





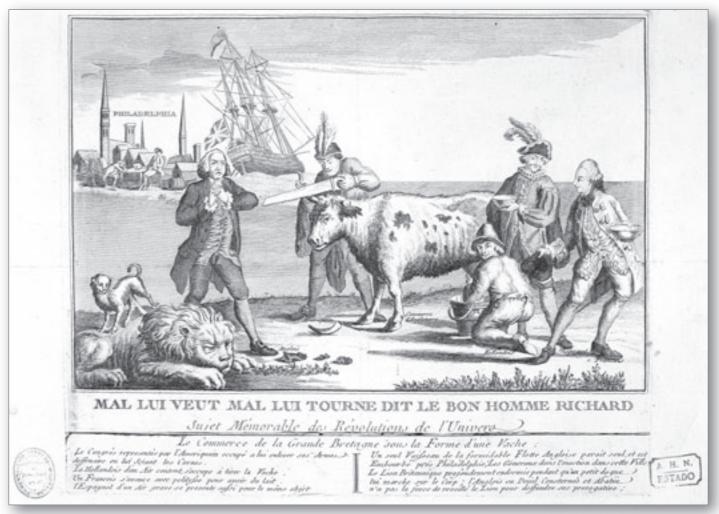
El general Washington

Impreso Bernardo de Gálvez. 1777. Library of Congress. Washington

fue cuando Benjamin Franklin, a la sazón emisario norteamericano en París, despachó a su ayudante Arthur Lee para cumplir una misión diplomática en 1777 ante la Corte española para conseguir su apoyo y su reconocimiento. Dicha misión tuvo lugar en Burgos y Vitoria debido a la clandestinidad de la misma. La entrevista entre el enviado Lee y el antiguo ministro de Estado, el marqués de Grimaldi, con Diego Gardoqui como ayudante e intérprete, se produjo en el mayor secreto y en ella se consiguió el reconocimiento español a su lucha independentista.

El momento llegó en junio de 1779 cuando la mayoría de los asuntos quedaron solucionados de acuerdo con el tratado entre Francia y España, y el monarca Carlos III declaró la guerra a Gran Bretaña, hecho clave en la política norteamericana. Aunque recientes estudios históricos arrojan luz sobre las operaciones militares españolas en la Luisiana, Alabama y Florida al mando del general Bernardo de Gálvez, éstos no han prestado la adecuada atención a las operaciones bélicas globales que tanto España como Gran Bretaña sostenían.

Aparte de los conflictos bélicos en el golfo de México, los británicos también estaban empeñados en proyectadas operaciones ofensivas o defensivas en diversos lugares alrededor del mundo: India, Sierra Leona, Galápagos, islas de Juan Fernández, América Meridional, Honduras, Guatemala, Nicaragua, las Bahamas, Jamaica, Michigan, Arkansas, Illinois, bahía de Hudson, Gibraltar, Menorca, además de tener que proteger su propio archipiélago, las



España. Ministerio de Cultura. Archivo Histórico Nacional. Estado. MPD-1008

Islas Británicas, de una posible invasión hispanofrancesa.

Unidades terrestres españolas combatieron tanto en América del Norte como en América Cental, el Caribe y Europa, territorios ocupados por tropas británicas, en beneficio de las Trece Colonias, cuyos hombres operaban y disfrutaban de más libertad. Por el acuerdo franco-español, grandes escuadras se habían enviado a operar a todos los confines del mundo, manteniendo una amenaza constante sobre los intereses de Gran Bretaña.

La tesis de este trabajo, la ayuda española a la Independencia Norteamericana, es demostrar que la contribución española fue vital para el éxito de la causa norteamericana, dando especial enfoque a las



Biblioteca Nacional. Castillo San Felipe, Menorca





Cortesía de D. Manuel Pérez Villanúa

operaciones militares y navales españolas, que mantuvieron constantemente ocupados a los británicos en favor de la libertad de movimiento de los colonos americanos. Así, el soldado español que luchaba en las selvas de Nicaragua, o el marino a bordo de una batería flotante ante el peñón de Gibraltar, fue tan importante a la causa norteamericana como el que sirvió en la batalla de Yorktown, estrategia que obligó a las fuerzas británicas a mantener diversos frentes abiertos por casi todo el mundo.

Los americanos de las Trece Colonias lucharon contra la metrópoli hasta su victoria en 1781 en Yorktown sobre las tropas de Lord Cornwallis, y a partir de entonces pudieron comenzar a relajarse; mientras las tropas españoles aún continuaban sufriendo el peso del poder británico en las campañas de Menorca, Gibraltar, las Bahamas, Jamaica, Honduras, Nicaragua, etc., con las consiguientes pérdidas de vidas y caudales, hasta alcanzar la paz de París firmada en septiembre 1783. Las negociaciones diplomáti-

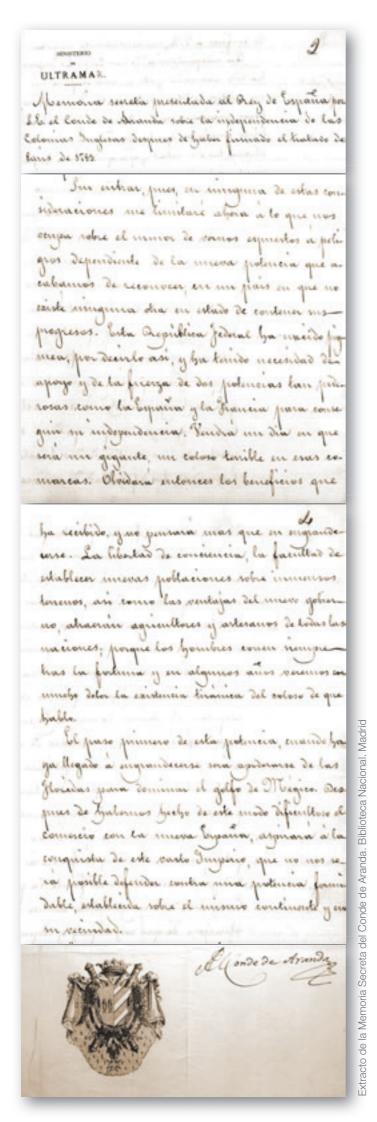
cas de este tratado beneficiaron a la naciente nación norteamericana a costa de los esfuerzos bélicos de la corona española durante esos últimos dos años de la contienda, sin que ello recibiera el reconocimiento explícito de la nueva nación.

Durante las negociaciones que culminaron con la paz, Bernardo de Gálvez solicitó consejo al entonces embajador español en París, el conde de Aranda, sobre el papel francés en la campaña caribeña, donde el malagueño se encontraba destinado. Así, a mediados de 1782 y en plena negociaciones, Aranda tras conversaciones con el enviado americano John Jay, informó a la Corte en Madrid que si las posesiones españolas en América intentaban sublevarse, España no podía esperar ayuda de los americanos. Argumento que se vio secundado de alguna manera cuando en el mes de agosto, Jay fue a la embajada española en París para despachar con Aranda sobre los límites de las posesiones españolas y americanas en el valle del Misisipí.



La línea fronteriza propuesta por Jay iba desde el nacimiento del río Misisipí hasta Nueva Orleáns, despojando a España de la recién reconquistada Florida occidental. Para contrarrestar las pretensiones americanas, Aranda, en presencia del suegro de Gálvez, Gilbert Antoine de St. Maxent, mostró a Jay el plano levantado por éste, donde él había trazado una línea divisoria recta que iba desde el lago Superior, atravesaba el lago Michigan y terminaba justo en la punta meridional de Florida, junto al río Guillemard. Dicha línea finalizaba curiosamente en posesión española, en el territorio ocupado por distintas naciones indias con las que St. Maxent deseaba comerciar una vez terminada la contienda.





Recuérdese que el suegro de Gálvez antes de la guerra había tenido estrechas y fructíferas relaciones comerciales con los indios de la Luisiana. Tras esta reunión Aranda envió a la Corte madrileña el mapa trazado por St. Maxent con los límites señalados. El embajador no se oponía a que los americanos utilizasen la navegación del Misisipí hasta Nueva Orleáns para comerciar, pero deseaba evitar su navegación a la inversa. Junto al mapa de St. Maxent, Aranda envió a la Corte la memoria explicativa "Confines de la Florida y Luisiana por Dn. Gilberto Maxent, 1782".

Con la firma de la paz en 1783, Carlos III hizo llegar a Madrid a su flamante general, Bernardo de Gálvez, quien tan discretamente había dirigido su política de ayuda y quien como nadie conocía la nueva nación americana. El motivo de su llamada era que participara en las negociaciones entre España y la naciente nación. En la Corte la familia Gálvez se instaló en el palacete del príncipe de Monforte, cerca del recién construido palacio de Buenavista de la duquesa de Alba (en la actual plaza de Cibeles). Después de participar durante 14 largos meses que duraron las negociaciones sobre las futuras relaciones entre los Estados Unidos y España, Gálvez fue nombrado capitán general de Cuba, Florida y Luisiana, con su cuartel general en la Habana. Nuestro personaje tuvo que dejar su querido palacete madrileño para asumir sus nuevas responsabilidades en Cuba, acompañado por su leal esposa Felicitas de St. Maxent, e hijos Miguel y Matilde, y su hijastra Adelaida D'Estrean.

No sólo Bernardo Gálvez sirvió a la corona española en tierras americanas, sino también su familia política, los St. Maxent, prestaron servicio en las campañas americanas como ilustres militares. Con Bernardo participó en la guerra de la Independencia Americana su suegro Gilbert Antoine de St. Maxent quien ocupó el cargo de coronel en el ejército español. Como demostración de los sorprendentes lazos criollo-españoles de la familia St. Maxent, no sólo Felicitas, sino también sus cinco

hermanas casaron con oficiales del ejército español: Isabel con el teniente general Luis de Unzaga; Victoria con el coronel Juan Antonio Riaño, que anteriormente había servido en la Armada; Mariana con el coronel Manuel Flon y Quesada (conde de la Cadena); María Josefa con el teniente coronel Joaquín Osorno; y María Mercedes con el capitán Luis Ferriet y Pichón (barón de Ferriet). Los tres hermanos St. Maxent – Antonio, Maximiliano y Celestinoparticiparon en las campañas del golfo de México como distinguidos oficiales españoles.

Y sin olvidar el padre malagueño de Bernardo, Matías de Gálvez, a quien reemplazaría como virrey de México y que como capitán general de América Central, obtuvo importantes victorias durante la guerra sobre las tropas británicas en las campañas de Nicaragua, Honduras y Guatemala.

Este auxilio militar español ayudó a sentar los cimientos de una memoria que el embajador español en París, el conde de Aranda, redactó y atribuida a él al terminar la guerra de Independencia: El nacimiento de la extraordinaria nación en la que los Estados Unidos iban a convertirse, extendiéndose de uno a otro océano.



Feliciana de St. Maxent y sus hijos



